

GABRIEL PANDOLFO

NÉSTOR



EL PRESIDENTE
MILITANTE

AGUILAR

NÉSTOR
EL PRESIDENTE MILITANTE
Gabriel Pandolfo



Índice

[Portada](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[Prólogo. Lo bueno, lo malo y lo triste](#)

[Capítulo 1. No me dejes](#)

[Capítulo II. Los amores de Néstor Carlos](#)

[Capítulo III. El viento del Sur](#)

[Capítulo IV. Aprendizaje](#)

[Capítulo V. ¿Quién es este boludo?](#)

[Capítulo VI. Un año luz](#)

[Capítulo VII. Manual K](#)

[Capítulo VIII. Dinero, salud y amor](#)

[Capítulo IX. Rumores sobre él](#)

[Capítulo X. Lo que dejó](#)

[Epílogo. Cuando llegue mañana](#)

[Agradecimientos](#)

[Fuentes](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*Una noche de verano, Jimena, mi hija mayor,
que tenía 11 años por entonces, me preguntó:
"¿Por qué los ricos manejan el mundo
si los pobres son más?".
A ella le dedico este libro.
Y a Facundo, mi nieto.*

*Yo estoy subiendo unos escalones en mi sueño.
Los voy a dejar a ustedes, los militantes,
en el centro del proceso.
Néstor Kirchner*

Prólogo

Lo bueno, lo malo y lo triste

“Ahora, mirado desde lejos, parece fácil”, dijo Cristina el 11 de marzo de 2011.

Cuando Néstor asumió la presidencia, la Argentina no tenía ninguna capacidad de maniobra. Era un blanco fácil del que se seguían aprovechando especuladores, grupos económicos concentrados y sus gerentes políticos. Una coincidencia lamentable. Ellos no estaban crispados. Tenían buenos modales, consejos cordiales y mucho mundo. ¿Qué podía hacer aquel extraño patagónico, desgarrado, con problemas de dicción y sólo el veintidós por ciento de los votos, para cambiar la pésima situación en la que se encontraba la gran mayoría de la gente?

El panorama no era alentador, sin embargo a él se lo veía feliz. Había empezado algo y nadie podía sospechar de qué se trataba. No había salido de su casa para dar un paseo. Tenía en su cabeza la loca idea de desbaratarlo todo. Con 53 años y sin ningún pasatiempo que atenuara su ansiedad, puso manos a la obra.

Al tercer día de asumir la presidencia descabezó la cúpula militar y pasó a retiro a cincuenta y dos altos mandos. Recibió a las Abuelas y Madres de Plaza de Mayo en la Casa Rosada. Le puso fin a la Corte Suprema de la mayoría automática. Derogó la Ley de Reforma Laboral. Hizo quitar el cuadro de Jorge Rafael Videla del Colegio Militar. Transformó la ESMA en Museo de la Memoria. Derogó las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Impulsó la apertura de causas de delitos de lesa humanidad. Dio instrucciones precisas a la policía y al ministro de Justicia para que no se reprimieran las manifestaciones sociales. Incluyó a activistas sociales en la estructura del Estado. Instrumentó políticas productivas que generaron cinco millones de puestos de

trabajo. Incluyó a dos millones de jubilados en el sistema previsional. Desendeudó al país y obtuvo la quita histórica de 67.000 millones de dólares a los acreedores privados. Puso fin a la relación crediticia con el FMI, previo pago de la deuda con fondos genuinos. Reinstaló los convenios colectivos de trabajo. Promocionó la generación de empleo y el consumo, fortaleciendo el mercado interno. Le dio al Estado un protagonismo creciente e inició un proceso de reformas progresistas. Instauró derechos sociales. Hizo de la vigencia de los derechos humanos y la lucha contra la impunidad un eje de su gobierno. Marchó contra las reformas de los noventa. Convirtió al país en un emblema de la integración latinoamericana y de respeto a los procesos populares y democráticos. Desautorizó el aumento de los servicios públicos que pretendían las empresas privatizadas. Le cedió el puesto a su mujer, quien profundizó el modelo y, entre tantas otras cosas, impuso retenciones a la exportación de granos, estatizó los fondos de las AFJP, cargó contra los monopolios mediáticos y recuperó el fútbol para todos. Instrumentó políticas anticíclicas con el fin de preservar la demanda interna. Se volvió a hablar de política en los bares, en los colegios, en las universidades y en la mesa familiar. Volvió a generar entusiasmo, inquietud y debate crítico.

Estuvo atento al reconocimiento de límites por medio de intuición, encuestas y certezas, no para ser complaciente con lo establecido sino para extenderlos.

Tuvo coraje, se arrojó a la experiencia de estar vivo, fue apasionado, un presidente militante, un conductor, un constructor.

Usó la política como herramienta para darle sentido social y transformador a la vida. Dio, según sus propias palabras, "la gran batalla de amor con la Argentina". Se apasionó por el destino del país. Fue pragmático cuando tuvo que serlo: "Teníamos que marchar haciéndonos fuertes".

Se hizo mala sangre. "Nos atacan por lo que hicimos bien, no por lo que hicimos mal." Y un día murió, temprano.

Todo quedó en penumbras por un rato. ¿Y ahora, qué?, se preguntaron los miles a los que les abrió los ojos y la cabeza. Un silencio grande se adueñó de la mañana. Fue uno de esos días malos. El día en que millones se sintieron solitarios.

Cada uno se conmovió a su modo. “¿Cuántos encontraron súbitamente su verdad saliendo a la calle ese miércoles?”, se preguntó José Pablo Feinmann.

Él no era perfecto. Cometió errores y tuvo debilidades, pero ¿qué era lo que lo diferenciaba del resto de la clase política?

No le daba todo lo mismo. Decía lo que pensaba. Asumía riesgos. Fue un trasgresor. Iba siempre para adelante. Su voluntad inquebrantable y su capacidad de trabajo no fueron doblegadas por el dolor del espíritu ni de la carne. Supo que no había tiempo que perder, se abrazó a los más humildes y comprometió a los que creyeron en él a no dar ni un paso atrás.

Sabía quién era y no estaba loco, pero la opinión del mundo poco le importaba. Tenía su propia visión y no jugó al juego de las apariencias. Su intención era hacer otra historia. No fue un aficionado del cambio. Creyó que se podía y lo hizo.

“Desde el primer día de mi militancia política, allá por los años setenta, cuando desde una participación política activa creí que la Argentina se podía cambiar, creí en un proyecto popular, con consenso, en una democracia con equidad, con justicia, con dignidad. Creí que era posible construir un país distinto. Esto fue lo que nos llevó a muchísimos jóvenes a participar activamente. [...] Todo resultó en una gran frustración”, había dicho con la certeza de que finalmente sería superada la trama de errores del pasado.

También dijo que había entrado por la ventana y que lo iban a sacar con los pies para adelante. Fue una pena enorme que tuviera razón, que haya sido profético; él, que no había venido a traer la paz, sino a restituirle legitimidad a la lucha por reducir las desigualdades.

Dejó en marcha un proyecto de país y un sueño que no se acabó con él. En el desván de la historia quedaron el desprecio y el cinismo con el que lo maltrataron quienes pensaban diferente. Eso también se desvaneció como el humo.

Quedó su recuerdo vibrando en el aire. El recuerdo de alguien irremplazable. El recorrido de un hombre audaz con algo de niño. Una figura indispensable para entender la Argentina contemporánea de la que fue su protagonista absoluto. El más inesperado.

CAPÍTULO I
NO ME DEJES...



Después de largos meses de hielo, la primavera despertaba perezosa en El Calafate. El pueblo parecía salido de una película de presupuesto millonario. Apenas veinte años atrás no había nada. O casi nada. Sólo los glaciares a 80 kilómetros, el ferry y alguna cosa más.

Hoy por la calle se escuchan muchas lenguas diferentes. Lo visitan miles de turistas del país y del mundo entero. El desarrollo resultó extraordinario. Tanto la gobernación y la intendencia como los casi quince mil habitantes, fundadores y pioneros de la ciudad de El Calafate, no escatimaron esfuerzos. Allí se respira paz. Y sosiego. Y la ciudad crece a un ritmo vibrante.

Hacía frío. Cristina estaba engripada, con unas líneas de fiebre. Se quedó todo el día en Los Sauces, su casa al borde del paseo costero, junto al hotel *boutique* patagónico de treinta y ocho habitaciones, distribuidas en otras cuatro casas iguales a la suya.

La hierba todavía húmeda, el murmullo del viento a través de las ramas de los árboles, los destellos del lago bajo el sol del mediodía...

La pasaban bien allí; las perspectivas tomaban otra dimensión, se aligeraban. Era uno de los pocos lugares donde se diluía esa sensación de la propia vida como una cuestión que sería juzgada. Volvían a ser Néstor y Cristina, alejados de todo. O de casi todo.

Era el martes 26 de octubre.

Ella ordenó la agenda con sus secretarios privados, Isidoro Bounini y Pablo Barreiro. Afuera, aire puro, luz intensa, un día azul.

"Les dejo un video que ya subimos hoy, para los que no lo vieron, estrenando el canal YouTube de Casa Rosada", publicó en su twitter. Bromeó sobre sus anginas. Les dijo a sus lectores: "Quiero sentirme bien para recibir mañana al censista". Expresiones de un ánimo dichoso.

Néstor no dejó de hablar por teléfono toda la tarde, poseído por un sentido del destino, un entusiasmo propio que lo cargaba de magnetismo. Era su manera de vivir, de

movilizar energías. Absorbía los problemas que anduvieran dando vueltas. Con su estilo de enorme centralidad, no delegaba nada. O casi nada. Tal vez sin esa acumulación política no habría podido poner en marcha su proyecto. Para él, la transformación era el efecto de su propia influencia continua.

Lo había dicho un día de abril de 2004, a la revista *Debate*, durante uno de los pocos reportajes que dio.

“Hay veces que me levanto a la mañana y me imagino a la Argentina. Digo, la tengo que imaginar, porque a veces siento que el Estado no existe. Con los vencimientos [de la deuda externa] que vienen en 2005, vencimientos que vienen en 2006, el proceso de descapitalización, el proceso de trasnacionalización, el proceso de pérdida de iniciativa. Entonces no me queda otra que ir con el pechito al aire y con el cuerpo para adelante. Y tomar y tomar decisiones. No puedo ser demasiado delicado. Me faltan los instrumentos necesarios que el Estado ha perdido, que los ha abandonado totalmente. Voy con toda la potencia para poder equilibrar ausencias. Voy, con toda mi fuerza. Al límite.”

Entre llamado y llamado, “Cuca” Bustos, asistente de Cristina con rango de secretaria de Estado, le confirmó que su amigo Lázaro Báez llegaría alrededor de las 9 de la noche.

Con el ministro Florencio Randazzo tuvo comunicación permanente. Los caciques del peronismo bonaerense estaban un poco alterados y no quería perder detalle de la reunión del titular del PJ bonaerense y secretario de la Confederación General del Trabajo (CGT), Hugo Moyano, con la cúpula partidaria.

Las cosas entre Daniel Scioli y el sindicalista no andaban bien y era deseable que no pasaran a mayores. Scioli no era precisamente uno de sus favoritos, pero no quería más cortocircuitos. Ya habían arreglado aquel entredicho de “las manos atadas” y prefería limar asperezas, el más mínimo gesto podría distorsionar el panorama. Se habían visto el viernes 22, en Chivilcoy, y estaba todo en orden.

De Moyano le provocaba recelo su manera de hacer política, pero se había apoyado en la CGT y la CGT no lo había defraudado. Habiendo encarnado las pasiones de los setenta, su relación con el sindicalismo también era un dato de avance en la convivencia democrática. Para él eso estaba muy claro, pero no iba a ser sencillo.

En el acto por el Día de la Lealtad, en River, el camionero les había pedido, ante 70 mil personas, que hicieran un esfuerzo para que los jubilados pudieran estar mejor. En un discurso no hay frases inocentes. El día anterior, Cristina había vetado el 82 por ciento móvil aprobado por el Congreso, tema que había sido el caballito de batalla de la oposición durante las últimas semanas.

Cuando fue el turno de Cristina, ella no hizo ningún comentario sobre la cuestión. Lo dejó pasar. Cuando se pudiera, el gobierno haría otro esfuerzo para mejorar las jubilaciones. Pero lo que no dejó pasar fue el comentario sobre que "algún día un trabajador tiene que llegar a ser presidente". Ella sintió la necesidad de aclararle que trabajaba desde los 18 años.

El camionero hacía sentir su presencia. Y tenía una nada despreciable fuerza atrás. El movimiento sindical quería seguir avanzando. Y acompañaba al kirchnerismo.

Néstor tenía el mandato de vivir en su realidad inflamada de épica, pero también soñaba. Y recordaba. No era indiferente a las cosas simples de la vida, de su vida. La familia, los amigos.

En septiembre la había visto a Flor en Nueva York. Estaba bien, contenta con sus nuevos amigos. Disfrutó de su compañía, la abrazó, vio sus trabajos, conversó con ella, pasearon, fueron a comer en familia. El viaje de Cristina a la ONU había sido oportuno. La había pasado bien, pero su salud tropezaba contra sus ganas. Tenía mucho que hacer.

Las horas pasaban volando, las sombras se hacían largas y aún no había recibido la noticia que esperaba sobre la investigación del asesinato del militante Mariano Ferreyra. Según los datos que le acercaron, José Pedraza, el jefe ferroviario, y su número 2, Carlos "Gallego" Fernández, te-

nían responsabilidades en el apriete al Partido Obrero (PO) en las vías del Roca. Estaba indignado. Dicen que caminaba por las paredes. Lo peor del sindicalismo de los setenta seguía vivo, jugando con fuego. Entramado de corrupción, patotas, impunidad, sindicalistas ricos, obras sociales cuestionadas... ¡Y los "gordos" ferroviarios!

Mientras hablaba, iba y venía por la casa, con una espléndida vista al lago Argentino. Los Sauces era su lugar en el mundo. Su lugar y el de Cristina. Allí esperarían al censista y después volverían a Olivos.

En uno de los ambientes, se quedó unos segundos mirando la imagen sin audio del televisor. Randazzo le fue informando acerca de cómo se estaba desarrollando el encuentro de Moyano con los intendentes del Conurbano. En algún momento lo llamaría otra vez el jefe de la CGT para "putearlo" un poco. Entre ellos nadie se callaba nada. Así había sido desde el principio. Así seguiría siendo. Moyano era a prueba de disciplinamiento. Eran parecidos en eso.

Pero la cancha estaba embarrada. Las acusaciones y desmentidas cruzaban el aire mediático. Y para él no había conciencia sin memoria, y la memoria a veces es cruel.

No delegaba nada y estaba atento a todo. Intervenía. Unas semanas atrás, cuando un sector del peronismo trataba de posicionar a Scioli como candidato a presidente, por medio de gobernadores e intendentes fieles, le hizo saber cuál era su función en el proyecto. Asunto desactivado.

Por las dudas, aparecía Martín Sabbatella para la Gobernación. No estaba mal. Se instalaba, al menos.

En esa partida contra Scioli, Moyano fue su aliado. Un aliado importante.

Cuando el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires anunció que sustituiría el enterramiento de la basura en territorio bonaerense por plantas de alta tecnología de tratamiento de residuos —lo que podía traducirse como el acta de defunción del Ceamse, empresa estatal encargada de la tarea—, los camioneros del Ceamse bloquearon los predios donde se volcaba la basura y en la capital del país y alrededores se dejaron de recoger los residuos. Las calles olían a